

RELACIONES, SEMEJANZAS, INFLUENCIAS DE LA LITERATURA RUSA Y LA LITERATURA LATINOAMERICANA

Por el Lic. Miguel Angel Asturias.

Licenciado en Derecho de la Universidad Autónoma de Guatemala. Una de las más recias personalidades literarias de América. Poeta, escritor y diplomático Obras: Leyendas de Guatemala (Prosa), El Señor Presidente (Novela), Sien de Alondra (Poesía), La Audiencia de los Confines (Teatro), Week end en Guatemala (Cuento).

Al hablar de América Latina literariamente la consideramos como un solo país, y es que efectivamente es un solo país, como lo sería política y económicamente de realizarse el sueño de Bolívar. Por eso se comete un grave error cuando, al estudiar la literatura, la pintura, la música, o las ciencias y filosofía del continente americano, no se hace el enfoque global, no se va al tronco común que las inspira y da homogeneidad, para después examinarlas en lo que las diversifica.

Pero hay otro error que también quisiéramos dejar aclarado. Cuando se estudia nuestra literatura frecuente es que no se haga por épocas, sino atendiendo a nombres, fechas o títulos de las obras, con la que la unidad de que hablamos queda fragmentada. La literatura latinoamericana nos presenta tres grandes épocas: la Precolombina, que se extiende desde los tiempos más remotos hasta la llegada de los españoles; la Colonial, que abarca los siglos de la dominación española en Hispanoamérica; y la de la República que comprende el movimiento literario desde la Independencia hasta nuestros días, siendo esta última la más rica, porque abarca los grandes movimientos literarios prerrománticos, románticos, modernistas y el gran desarrollo de nuestras letras en los años que siguen a la primera guerra mundial, hasta la fecha.

Se interrumpe la literatura milenaria de los indios con la llegada de los conquistadores españoles. Apenas si se salvarán, por el celo de los monjes, algunos de los monumentos literarios. Todo lo demás es entregado a las llamas, al olvido condenado por luciferino. Durante

los siglos de la dominación española, primero los peninsulares y después los mestizos logran una unidad literaria y en América se escribe como en España. La Independencia, desde sus albores hasta sus realizaciones, iba a romper de nuevo esta realidad americano-española.

Una vez más el desenvolverse de las letras hispánicas iba a sufrir una terrible mutilación, cambiando sus rumbos y orientaciones entre las proclamas políticas y las no menos encendidas proclamas de los románticos.

Por este exordio, que no quiero prolongar, se verá que no es fácil establecer, como pasa con otras literaturas, las relaciones entre la literatura rusa y latinoamericana, pues ésta se ha ido quebrando, y no es sino hasta el siglo pasado, y en el curso del presente siglo, que empieza a tener unidad.

La influencia de los grandes poetas y escritores rusos llega a la literatura latinoamericana, primero indirectamente, a través de la literatura universal, y luego en forma directa, cuando se empiezan a traducir los poemas de Pushkin, las novelas de Tolstói, Turguenev y Dostoyevski, que se traducen al español.

En cuanto a la influencia a través de la literatura universal, y lo universal en ese tiempo, comienzos del siglo XIX, era lo francés, es de advertir que la mayoría de los poetas y escritores latinoamericanos de esa época se formaban en Europa, más circunscritamente en Francia, en París, hacia donde los atraían las corrientes literarias y filosóficas, y hay un Don Francisco de Miranda, cuyos setenta y tres volúmenes de memorias y cartas anduvieron perdidos, que alcanza a llegar a Rusia y ser favorecido por Catalina la Grande. Se inyecta la inquietud y novedad por tierras y hombres lejanos, en el universo apasionado de los románticos, cuya literatura, como ya se ha dicho, trasciende a estado de conciencia colectivo, transformada en arma de combate del subyugado contra el amo, del hombre contra la fatalidad.

Entre estos escritores y poetas americanos que leen traducidos al francés o al inglés a los maestros de las bellas letras rusas, se establece la corriente de simpatía más honda. ¿Por qué? ¿Qué puntos de contacto tienen mundos tan distantes? La respuesta no es difícil. Aunque llegan trasegados a través de los vasos de otra lengua conservan la frescura, el oxígeno de que están tan ansiosos nuestros hombres, encerrados por siglos en los moldes del clasicismo español, entre las paredes de las prohibiciones. Y véase aquí cómo el fenómeno que apuntamos en los momentos de la Independencia política de América, se vuelve a repetir en nuestro tiempo, cuando aquellos países luchan por conquis-

tar su Independencia económica. La literatura rusa vuelve a ser la fruta prohibida. No era bueno decían los reyes españoles, que los indios leyesen libros inficionados de liberalismo o de ideas contrarias a las buenas costumbres y la religión católica.

No otro idioma se emplea ahora, para prohibir, para evitar que la literatura soviética llegue a manos de los latinoamericanos, por ser "perjudiciales".

Pero por aludir al tema de las trabas inquisitoriales que han acompañado siempre a la difusión de la cultura y las nuevas ideas en América.—La lección parece que no se ha aprendido, pues de nada sirvieron aquéllas en los albores de nuestras nacionalidades—dejamos nuestro tema central.

Hablamos del ansia de vida y renovación que impulsaba a los poetas y escritores latinoamericanos que se iban a formar a Europa, y de cómo este apetito por lo grande, se saciaba no sólo en la literatura europea sino en las literaturas de los escritores rusos, maestros de gran dimensión humana. La lucha en que estaba empeñado el romanticismo en todos los frentes, encontrará campo propicio en nuestro continente, y América conocerá a los autores rusos, autores que le son afines porque en sus obras buscan la justicia.

Y es aquí donde hay que buscar la simpatía, el gusto, el entusiasmo con que nuestros románticos leen y se apasionan por la literatura rusa que sólo más tarde va a traducirse al español. Hay una similitud de ambientes, de pueblos, de situaciones, de personajes enloquecidos y un grito que las hermana. Un grito que no se pronuncia, pero que está en las gargantas, como parte de la sangre que circula, por el canto que saluda o anuncia la libertad. Poetas y novelistas que hablan en lenguas totalmente diferentes, el idioma del hombre, cuyas obras literarias son en sí, armas de combate contra los tiranos y de liberación de los oprimidos. Precisar estas influencias sería casi imposible, pero en la neblina del tiempo, melancolía de plata viva, se perfilan a nuestros ojos personajes que pasan de las aldeas de Turguenev a los caseríos americanos, movidos por los mismos hilos de la pasión y el interés en la trama del relato. Para los autores mestizos, hijos de españoles e indios, no era difícil empatar al mujik con el indio, y todo el problema estaba allí para los nuestros: regresar la literatura acartonada del final del siglo XVIII, trayendo al poema y a la prosa al pueblo, al pueblo mismo, al pueblo vivo. Primero será la poesía, más tarde será la novela, el relato, el cuento, el teatro, los que se renovarán.

Así en *El Matadero* de José Esteban Echeverría, no están ausentes los maestros rusos y José Martí olvidará a Byron en su entusiasmo por Pushkin.

Esta preocupación por los problemas humanos, que desde luego no es sólo rusa, pero que en los rusos adquiere una temperatura sentimental que los aproxima mucho a los nuestros, está presente en la literatura nacida con la Independencia, que empieza a multiplicar, como antesalas para la novela realista que ha de venir en seguida, "sus cuadros de costumbre". Aparecerá la novela de asunto indígena. En ella la atención más circunscrita a los "pobres desnudos de América", no dará sus mejores frutos, sino hasta el siglo actual. Larga sería la lista de novelas realistas en las que se descubre, precisa o lejana, la influencia de la literatura rusa, desde Blest Gana, en Chile y Cuéllas, Rafael Delgado, Federico Gamboa, en México, hasta Nicolás Heredia, en Cuba, Mercedes Cabello de Carbonera, en Perú, quien no sólo sintió la influencia rusa, sino que escribió también directamente un estudio sobre Tolstói.

En la novela de asunto indígena nos vamos a detener brevemente. Es la que en la época romántica plantea en forma más desgarradora el problema, aún sin solución, de esas grandes masas de población americana de México, Guatemala, Perú, Ecuador y Bolivia, reducidas al vasallaje y esclavitud más espantosos. La novela indianista, como también se le llama, parece inspirada en las páginas de Tolstói, y no sería raro que así fuera, sobre todo aquella que se escribe al principiar el correr de este siglo, cuando siguiendo los pasos de la peruana Clorinda Matta de Turner, la cuzqueña que publica su famosa *Ave Sin Nido*, vemos multiplicarse el género indianate en los cuentos de Abraham Valdelomar, Ventura García Calderón, Enrique López Albújar (aunque en éste ya hay influencia dostoiévskiana) y César Vallejo, todos peruanos. En Vallejo, el gran poeta latinoamericano, ya se percibe la influencia de los escritores marxistas, en su famosa novela *Tungsteno*, publicada en 1930, después de su regreso de Rusia. *Tungsteno* es un relato crudo y realista de la vida que lleva el indio en la mina. Es una protesta desesperada, ronca, contra un estado de cosas cuya visión es espantosa. Pero el intérprete fiel del indio peruano es José María Argüedez, conocedor de la literatura rusa del pasado, y de la soviética.

Cino Alegría, con *El Mundo es Ancho y Ajeno*, novela ya famosa en América, va a ceirar, en el Perú esta pléyade de escritores de novelas, relato, ensayos y poemas indianistas, en los que, como ya dijimos, la influencia de los grandes maestros de la literatura rusa es manifiesta.

Los parentescos en literatura muchas veces son por simpatía, afinidad de sentimientos, igualdad de problemas a tratar, y en cierta forma, porque las épocas tienen en su atmósfera esas partículas de pensamientos e ideas que los autores captan y llevan a las páginas de sus libros.

México, con su revolución, nos da su gran pasión indigenista, vestida de problemas sociales, que van más allá del indio, sin que por eso, desgraciadamente, podamos decir que nos dió el gran novelista de su revolución en la talla de sus grandes y admirables muralistas.

Desde la *Visión de Anáhuac*, joya literaria de Alfonso Reyes, hasta las novelas del misterioso Traven *La Rebelión de los Colgados*, *El Tesoro de la Sierra Madre*, *La Carreta*, pasando por *La Tierra del Faisán* y *del Venado*, del yucateco Antonio Mediz Bolio, que parece preparar el camino para el advenimiento de la obra de Ermilio Abreu Gómez, cuyo personaje Jacinto Caneck, es el que mejor tipifica la psicología y personalidad de los indios. En Abreu Gómez, el cuidado del artífice no impide el grito ante la injusticia social, y el reclamo por las tierras de los desposeídos labriegos y campesinos. Agregaremos a Miguel Ángel Méndez, autor de la novela *Nayar*, en la que se nos muestran a las desconfiadas tribus que otrora se enfrentaron con Nuño de Guzmán. Toda esta literatura, toda esta novelística, ya no sólo indígena, sino social, tiene hondas relaciones, semejanzas mejor dicho, con la literatura rusa.

Va a surgir, polariada por otras inquietudes, después de esta novelística indigenista, la novela latinoamericana no reducida al indígena, sino de ambiente y visión más amplia. Y es en esta etapa en la que puede señalarse más claramente la influencia literaria y aun filosófica de los escritores rusos.

Empezaremos por Horacio Quiroga. Quiroga al hablar de sus maestros, escribe: "creo en un maestro—Poe, Maupassant, Kipling, Chéjov—, como en Dios mismo". Chéjov es, para Horacio Quiroga, un verdadero maestro y sin que lo haya imitado, la selva en los cuentos de Quiroga es todo poderosa, se siente su influencia en la mecánica del movimiento, planteo de las situaciones, ahondamiento de la psicología de los personajes y desenlaces.

El escritor latinoamericano encuentra en los escritores rusos el camino para realizar lo que él presiente, ese mundo que está en potencia dentro de su espíritu, y que en esos grandes modelos aprenderá a forjar sus moldes.

Otra influencia a señalar, es la de Turguenev, en las obras del uruguayo Javier de Viana. Entre sus maestros él mismo cita a Turguenev.

Pero la figura de Dostoievski, como ya dijimos, se iba a ir agigantando, y su influencia en la literatura latinoamericana va incrementando.

La segunda guerra mundial precipita en la América Latina una serie de cambios, que la realidad se le impone, le obliga a tomarla y a llevarla a sus libros, a través de su temperamento.

Se abre paso la literatura de masas. Empieza el poema-Babel, la novela-río, el escritor-pueblo. Las relaciones entre la literatura rusa y la literatura latinoamericana se intensifican a través de los escritores y poetas comunistas.

En muchos de nuestros escritores encontramos la influencia de Gorki. El humano esplendor del mundo gorkiano, extraído de las raíces del pueblo, permite una dimensión literaria que es como una red de pescar humildes en el mar oceánico de la vida. Y salen a la superficie chompeando sal y llanto seres sencillos que encarnan símbolos de lucha. Nadie se conforma. Todos se empeñan en la batalla. Se va a hablar como habla el pueblo, a pensar y sentir como piensa y siente el pueblo. El canto es Neruda y la novela es Gallegos. El canto es Vallejo y la novela es Manuel Rojas. Y el ensayo es Cardoza y Aragón, y el cuento es Roa Bastos, el paraguayo de *El Trueno Entre las Hojas*, y en Venezuela hay un *Carlos Augusto León*, y en Brasil, *Jorge Amado*, y otros poetas hablan esta lengua: Juan Liscano, Elvio Romero, Ida Gramko, José Portogalo, Raúl Leiva.

Más, mucho más se podría decir de las relaciones, semejanzas e influencias de la literatura rusa y de la literatura latinoamericana, pero creo que por ahora basta, pues efectivamente lo que se impone es realizar un estudio completo del problema.